

## Deseos urbanos: género, erotismo y consumo en la ciudad contemporánea

**Rosa Liliana De Simone**

Arquitecto

Pontificia Universidad Católica de Chile. Facultad de Comunicaciones.  
Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos

### Resumen

Al reflexionar en torno a los conceptos de género y cuerpo erótico en el contexto de lo urbano, el artículo se propone discutir el rol psicoanalítico y político del erotismo en la ciudad, reconociéndolo como un campo de intercambio, a la vez que como una plataforma de conflictos entre ciudadanos sexuados y espacio. Los roles culturalmente asociados a los cuerpos femeninos y masculinos, son iterativamente reproducidos por matrices sociales que perpetúan prácticas y materializan códigos que se ponen de manifiesto en el ordenamiento del espacio construido, el cual a su vez, disciplina los cuerpos y sus experiencias. En este sentido, el espacio es producto de las nociones culturales impresas en los cuerpos, sus atracciones entre unos y otros, y también sus deseos reprimidos y fetichismos. El artículo pretende comprender la ciudad desde el erotismo de sus habitantes, entendiendo el placer y las pulsiones sexuales como la energía vital —sino también la energía política— del intercambio entre seres humanos en el espacio público.

**Palabras clave:** erotismo, placer, ciudad, sexo, género, poder, espacio público, planificación urbana, consumo

### Abstract

By reflecting around the concepts of gender and erotic body in the context of the urban, the paper aims to discuss the psychoanalytic and political role of eroticism in the city, recognizing it as a field of exchange, while also as a platform for conflicts between sexed citizens and space.

The roles culturally associated with female and male bodies, are iteratively reproduced by social structures that perpetuate practices and materialize codes are iteratively reproduced by social practices that perpetuate matrices and materialize codes that reveal the arrangement of built space, which in turn, disciplines the bodies and their experiences. In this sense, space is the product of cultural notions printed on the bodies, their attractions between them, and their repressed desires and fetishes. The article seeks to understand the city from the eroticism of its inhabitants, understanding the pleasure and the sexual instincts as vital energy –if not as well as a political energy– of the exchange between human beings in public space.

**Keywords:** eroticism, pleasure, city, sex, gender, power, public space, urban planning, consumer

### Introducción

Lo erótico es inseparable de cualquier comprensión de civilización y de ser humano. Como determinantes de nuestra naturaleza, los modos en que hombres y mujeres nos relacionamos, seducimos e interactuamos entre nosotros y con nuestro medio ha sido abordado por filósofos, psicoanalistas, semiólogos, poetas, historiadores, lingüistas, teólogos, antropólogos y geógrafos, quienes han buscado comprender la esencia instintiva de nuestra atracción y sus efectos en la cultura.

Herbert Marcuse, en *Eros y Civilización* (1974), discute la tesis de Freud que sitúa al sexo y sus impulsos en el centro de nuestra psique y como generadores de toda identidad y comportamiento, a partir de la pugna entre los deseos de reproducción y trascendencia – Eros, las pulsiones de creación– y aquellos de aniquilación y consumación de los mismos deseos –Thanatos, pulsiones de destrucción– (Freud, 1984). La tensión libidinal entre vida y muerte se expresaría, por lo tanto, en el deseo sexual de consumir y consumir la existencia propia: consumir la vida, y a la vez y en contradicción, consumir la muerte.

Marcuse, reflexionando sobre Freud, propone que los impulsos psíquicos y físicos del sexo, en vez de una pugna entre Eros y Thanatos, serían más bien una dualidad dialéctica entre los instintos de creación y destrucción, la cual habría sido reprimida por los procesos civilizatorios y transformada en impulsos eróticos, es decir, en una forma disciplinada de la naturaleza humana de expresar el deseo. Por tanto, lo erótico sería parte constituyente de lo que entendemos por cultura.

La manera como seducimos y nos dejamos seducir constituiría entonces un código cultural, por tanto aprendido y contextual en espacio y tiempo. Por ejemplo, el trato que recibían las prostitutas y los burdeles en el antiguo Imperio Romano antes de Cristo, hace referencia a un marco cultural en donde lo erótico era parte de la cotidianidad social. Lo que ya se sabía de la Grecia Antigua, ha sido recientemente corroborado en las excavaciones en Pompeya y Herculano, que han relevado la presencia del arte erótico en la casa mono familiar y no solo en los muros de los burdeles. Explícitas escenas sexuales adornaron los salones de la Domus romanas en frescos y esculturas, sin resquemor de la presencia de niños o ancianos, y en un imaginario que iba desde las escenas orgiásticas hasta la zoofilia. Por décadas, muchos de estos objetos de arte fueron desestimados o incluso escondidos por parte de los estudiosos modernos, los que con sonrojo juzgaron a la explícita forma romana de tratar el sexo como una perversión condenable.

El burdel en la antigua Pompeya era visto como un equipamiento urbano necesario. Legal, público y difundido, el lupanar era segregado por segmento social y estaba presente en cada barrio. Al no haber censuras morales con respecto al cuerpo erótico y al sexo, el burdel era un espacio de servicios, pensado para satisfacer los apetitos masculinos que, de otro modo, hubiesen sido exigidos a las esposas hasta el agotamiento. El deseo sexual viril era visto como virtud divina, y si bien el adulterio era castigado, éste no era considerado como tal si el encuentro era hecho con una prostituta. El cuerpo erotizado era, en la cultura romana, un bien común, y el placer carnal (voluptas) signo de status y bendiciones. En términos de Marcuse, el control del cuerpo no pasaba por el control del dialéctico instinto erótico. Podríamos decir que la lucha entre las pulsiones de creación y destrucción se expresaban más bien por el control sobre el cuerpo del enemigo, su aniquilación y el placer bélico de la victoria.

La disciplina del cuerpo, como diría Foucault (1990), pasaría entonces por el control de los instintos por parte de la cultura, hacia una búsqueda por su dominio y control. El concepto de cultura dependería, por tanto de los aparatos vigentes de control social, sus valores y sus símbolos.

Para Foucault, quien profundizó largamente sobre la evolución cultural del sexo en la historia occidental, dicha represión del instinto carnal generaría, como resultante opuesta a esta estrategia, una sobre-valoración abstracta —velada y pervertida— de aquella naturaleza concreta que se busca reprimir. Comúnmente nos veríamos en el caso de una sobre-exaltación de lo sexual por sobre la represión de lo erótico, a través de su representación más objetual: la cientifización occidental del sexo (en donde cabe la pornografía, en su afán cosificador de fragmentos del cuerpo), o la representación oriental del sexo como un arte (su estetificación holística, y por tanto su sublimación de la vida cotidiana).

La sociedad occidental, basada en un patriarcado moralizante que privatiza el deseo erótico, nos ha enseñado que los instintos sexuales deben ser desplegados bajo estrictos consensos sociales y exclusivamente en la esfera doméstica. Las mujeres se deben al decoro y la castidad pública en sus acciones, pero su cuerpo es desmembrado por una industria pornográfica y publicitaria, pensada para sobre-excitar pero no para erotizar. Mientras que para los hombres, la virilidad sexual es celebrada solo nominalmente, al ser las víctimas de una industria que hipersexualiza los instintos pero que castra los impulsos eróticos. El Eros ha sido desempoderado.

Sin embargo, el erotismo encierra en sí mismo un potencial disruptivo de la cultura. Barthes nos dice que, a pesar de la búsqueda por su disciplina, el cuerpo erótico se hace presente en la vida cotidiana a través del fracaso de la propia cultura en reprimir el cuerpo erótico (Barthes, 1975). Es la imposibilidad de ocultar, reprimir y aniquilar estos impulsos, que se empeñan por seguir “apareciendo-en-su-desaparición” (1975: 9-10), lo que para Barthes constituiría el erotismo en la cultura: su fracaso en ocultar lo inocultable, pero a la vez, su supervivencia como instinto vital en cada uno de nosotros. Estamos hablando de la fuerza de la carne por sobre la piedra, como diría Sennett (1997), que moldea los cuerpos, define las prácticas y construye los espacios.

Ese coqueteo sutil, aquel escote furtivo, el pantalón ceñido, el burdel escondido, los barrios rojos que no salen en los mapas, son los sustentos psíquicos de nuestra propia naturaleza erótica, plasmados en el cuerpo y a la vez en la ciudad. Buscar lo erótico en la ciudad —la Carne en la Piedra—, nos lleva a una búsqueda por la esencia del vivir juntos. Hablar de la ciudad erótica nos permite ahondar en los orígenes mismos de las profundas fuerzas que nos llevan a vivir en aglomeración con otros cuerpos, y a la vez, nos permite observar, sin sopor, los contratos sociales a los que hemos suscrito en el anhelo de ordenar esta coexistencia de deseos y placeres, de perversiones y líbidos.

A continuación se discutirán algunas visiones en torno a la relación entre lo erótico y lo urbano, que permiten reflexionar en los debates contemporáneos en torno al cuerpo, el género y el sexo en la ciudad. Viejas y nuevas configuraciones urbanas en torno al sexo han modelado los espacios donde se daba el consumo y la consumación del cuerpo erótico. Las dinámicas de la globalización han re-articulado las relaciones eróticas entre lo local y lo global, y la explotación de las pulsiones psíquicas han convertido al deseo en el motor económico de una sociedad de consumo en perenne estado de excitación. ¿Cómo abordar el sexo en la ciudad desde los debates de lo público? ¿Cómo los impulsos eróticos modelan los circuitos de producción y consumo de bienes? Se revisarán las nociones teóricas de diversos autores en torno al significado de lo erótico en la cultura y a su relación con la ciudad como plataforma de acción y poder.

## Cuerpo erotizado y ciudad erótica

Cuando hablamos de lo erótico, siguiendo a Marcuse (1974), hablamos de aquellos deseos de posesión aniquiladora de la vida misma —de mi mismo, del otro—, a la vez que de aquellos deseos de superación vital de la muerte: un erotismo dicotómico que atraviesa toda existencia humana con el conflicto entre naturaleza y represión. Dirimir y regular estas tensiones ha sido la labor de diversas instituciones<sup>1</sup> disciplinadoras, como la Iglesia, el Estado, la Ley o la Ciencia. En muchos sentidos la ciudad misma es, en sus calles, plazas y edificios, una de estas instituciones civilizadoras. El entorno construido ordena y dirige el acontecer de sus habitantes desde una manera vertical y autoritaria. Nuestros pasos en la ciudad solo pueden seguir aquellos caminos trazados por otros. En otras palabras, los ‘otros’ somos todos aquellos que día a día caminamos por una abstracción materializada por ‘unos’.

La planificación urbana moderna se basa en el principio de la abstracción y la economía: las respuestas urbanas deben pensarse en un usuario idealizado y abstracto, y las soluciones construidas deben responder a la mayor cantidad de demandas con el menor aporte de recursos. En este sentido, las individualidades únicas no son bienvenidas por la ciudad; es el principio de igualación y abstracción de todos en un ‘uno ideal’ —nacido de la Revolución Francesa y aglutinado en el Estado moderno— el que rige la manera en la que construimos nuestro espacio. Poco espacio cabe, entonces, para el despliegue único y sensible de nuestros propios cuerpos.

No obstante, hoy vivimos una reestructuración radical de las tradicionales configuraciones espaciales en torno al cuerpo, y de las instituciones que tradicionalmente lo disciplinaron. En el último medio siglo hemos vivido cambios radicales en la organización de lo erótico y lo sexual en la sociedad occidental primero, y de manera galopante en aquellas orientales también. Solo por nombrar algunos ejemplos y sin hacer relación entre ellos, podemos hablar de los cambios en los roles culturalmente asignados a hombres (productivo) y mujeres (reproductivo); el control farmacológico de la fertilidad, y por tanto la liberación del sexo; la incorporación de la mujer en la fuerza de empleo, su empoderamiento y creciente autonomía de la tradición heteronormativa que la ubicaba en la esfera de lo doméstico; la lucha por el reconocimiento de otras opciones sexuales no binarias —LGBTQ (Lesbianas, Gays, Bisexuales, Transgénero y Queer)—; el impacto de las redes sociales en el cortejo y el sexo —Tinder, Grindr—; pero también la incidencia de estas mismas en la reconfiguración de los límites entre erotismo, pornografía, violencia y delitos; o el auge del turismo sexual desde países desarrollados a localidades donde estos límites aun son difusos; entre muchos otros fenómenos que revuelven el rol del sexo en la cultura. Lo erótico puede ser visto como una fuerza de reestructuración social y espacial, que podemos analizar sin sonrojos en una escala urbana.

Sin embargo, lo erótico ha sido comúnmente utilizado para ser referido hacia las mujeres y sus prácticas —perversas para unos, seductoras y excitantes para otros— y siempre en función de los hombres como punto de referencia. Lo erótico ha sido referido como lo confuso, lo trivial, lo psicótico, lo plástico; acciones desplegadas por lo femenino para responder a lo masculino. Para Lorde (1984), escritora y activista, esta simplificación habría aniquilado cualquier consideración de lo erótico como una fuente de poder e información, y por lo tanto, a sido muchas veces confundido con su opuesto, lo pornográfico.

Avanzando en el punto que levantara Foucault (1990), Lorde (1984) sostiene que lo pornográfico es la negación directa de lo erótico, ya que se basa en la supresión total de la emoción, y con ello del conflicto. Lo pornográfico solo se reduce al impulso escópico, es decir, a una imagen tentadora que puedo poseer, consumir y aniquilar con la vista, pero la cual no permite contestación ni acción alguna de mi parte. Lo pornográfico carece de agencia.

¿Qué características tendrían entonces las ciudades eróticas? ¿Y cuáles serían aquellos espacios pornográficos? Muchos han reseñado sobre la amenaza de desaparición de las esferas de lo público, donde la híper vigilancia y segregación en los espacios urbanos estaría aniquilando las posibilidades de encuentro y conflicto entre individuos.

El conflicto como esencia de lo público ha sido abordado por múltiples autores. Como lo reseña Salcedo (2002) en su revisión exhaustiva del debate post-moderno, el espacio público ha sido teorizado como la caótica posibilidad de superposición de funciones y significados (Jacobs, 1961; Barthes, 1995), la conjunción de grupos diversos y antagónicos (Sennett, 1977; Caldeira, 2000), o como el conflicto entre poderes fácticos y subversiones individuales y cotidianas a esos mismos poderes (Foucault, 1984; De Certeau, 1984).

Podríamos proponer que la esencia erótica de los cuerpos en la ciudad se articula desde el conflicto interno del Eros disciplinado, hacia su expresión externa —desenfadada o reprimida— de esa pulsión hacia el Otro. Un conflicto interno y externo que produce nuestra presencia en el mundo y crea realidades únicas.

¿Cómo entender este proceso desde lo urbano? Basándonos en lo expuesto por Lefebvre (1991), la producción del espacio en la ciudad, analizado desde lo erótico, se basaría entonces en aquella dialéctica generada por la posibilidad latente de apropiación del propio cuerpo sensible (espacio concebido, simbólico e interno), del ejercicio explícito del poder del cuerpo en dicho espacio, tiempo, y sobre otros cuerpos (espacio percibido, concreto y material), y de los discursos contruidos en torno a la presencia del cuerpo experimentado (espacio representado, abstracto, creado colectivamente). Lo concebido, lo percibido y lo representado, formarían así una triada que permite comprender, de manera analítica, las maneras en las que las pulsaciones eróticas se traducen en mediadores de la realidad.

Así, lo expuesto por Lorde cobra sentido cuando es aplicado a lo urbano, ya que sería la propia naturaleza erótica de la psique, con sus deseos intensos por devorar y ser devorada, la que se convierte en la potencialidad primordial frente al 'derecho de ser' en el espacio. Un empoderamiento que desafía cualquier disciplina y se expresa de maneras subversivas e incluso perversas en el ámbito de lo cotidiano: "Cuando aceptamos que lo erótico informa e ilumina nuestras acciones en el mundo, entonces empezamos a ser responsables de nosotros mismos en el sentido más profundo" (Lorde 1984: 58). El erotismo, por lo tanto, se convierte en un ejercicio político de empoderamiento del cuerpo.

Bajo este sentido, las ahora recurrentes Gay Parades, aquellas procesiones multitudinarias de individuos que se dan lugar en diversos periodos del año en gran parte de las metrópolis occidentales, son entendidas como el despliegue del cuerpo homoerótico en el espacio público, que se lleva desde la esfera de lo oculto a la calle. Las fiestas del orgullo gay (Gay Pride) son manifestaciones políticas del 'derecho de ser' en el espacio, y su esencia carnavalesca es heredera de una larga tradición de subversión a la disciplina. Si bien el carnaval es un evento que tiene presencia en la mayoría de las culturas occidentales, es justamente su carácter festivo y feriado<sup>2</sup>, y por tanto excepcional, el que evidencia su potencial político de subversión.

La Folsom Street Fair de San Francisco, Estados Unidos, una fiesta en torno a la cultura BDSM<sup>3</sup> y a las vestimentas de cuero en el barrio de Castro, encarna ese conflicto erótico del espacio público como disrupción. Castro, vecindario de clase trabajadora irlandesa durante los años 1930, recibió a miles de marinos homosexuales en servicio, enviados por la Armada de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial tras ser descartados por su orientación sexual. Muchos se establecieron en Castro y fue así que comenzó la influencia de la comunidad homosexual en ese lugar; el barrio que se hizo mundialmente famoso luego del conocido "Verano del amor" en el distrito vecino de Haight Ashbury, en 1967. Hacia los años 1980, Castro fue declarado epicentro de la epidemia de VIH/SIDA, y el gobierno de la ciudad clausuró miles de bares y casas de baños en la zona, amenazando con ello la relativa autonomía del barrio. Mientras los establecimientos eran cerrados, la comunidad gay organizó la primera feria en la calle de Folsom, de modo de traer visibilidad a la comunidad, reunir fondos, y difundir informaciones sanitarias para la prevención del contagio. La feria reúne hoy más de 400.000 visitas de turistas curiosos de todo el mundo. Pero la feria no conlleva actos pornográficos al aire libre: al llevar el sadomasoquismo a la calle y convertirlo en actividad turística festiva, con posibilidad de interpelación e interacción, podemos entender que es el erotismo el que juega un rol fundamental en la producción de dicho espacio, al poner en conflicto las normas, los discursos y las prácticas de los cuerpos en la ciudad. Autores como Binnie (1995, 2001) han sugerido que la subcultura gay del sadomasoquismo han expandido los límites de la posibilidad erótica en la ciudad, al posicionar a la comunidad gay como los pioneros de la experimentación sexual y del placer, explorando los límites del cuerpo y del deseo en el espacio urbano.

## La performatividad de los cuerpos en el espacio urbano

Avanzado en la comprensión del poder de lo erótico, resulta necesario preguntarse por el proceso mediante el cual los cuerpos ejercen su 'derecho de ser' en el espacio, o por el contrario, son reprimidos. Una de las maneras más paradigmáticas de diferenciar el ejercicio del cuerpo en el espacio, es la distinción binaria entre el cuerpo masculino y el cuerpo femenino, ambos relegados por la cultura heteronormativa a un modo específico de ser en la sociedad.

Bourdieu plantea, en su concepto de habitus (1984), que es en el cuerpo donde se materializan las relaciones sociales de poder. El cuerpo, sometido a la disciplina, reproduciría conductas y hábitos diferenciados y diferenciadores, según estructuras que lo exceden y que se heredan.

En una reflexión paralela, la obra seminal de Simone de Beauvoir propone que el género es algo construido socialmente, y que son las construcciones culturales de género y sexualidad las que construyen el cuerpo en sociedad —“uno no nace, sino más bien se convierte en mujer” (Beauvoir 1999: 301). Para Beauvoir, ser mujer o ser hombre no depende de características biológicas, psicológicas o intelectuales de cada uno. Más bien, las diferencias entre ser mujer y ser hombre en la sociedad dependen de las construcciones culturales en torno a los conceptos de femineidad y masculinidad. Es decir, en lo que hemos definido como civilización que debiesen ser las mujeres y los hombres, y por tanto, lo que esperamos que sean sus cuerpos, sus comportamientos y sus capacidades. Por ello, Beauvoir postula que las singularidades entre hombres y mujeres no reflejan las diferencias 'naturales' entre los cuerpos de hombres y mujeres, sino más bien las diferencias relativas a sus roles en la sociedad. De ese modo, se habría construido culturalmente el concepto de mujer como 'sexo débil' o 'segundo sexo', donde lo normal y normativo es el ser Hombre; todos los que no los son, virtualmente se convierten en 'otros' (Beauvoir 1999).

No obstante, y a diferencia de Bourdieu, para Beauvoir no existe un 'determinismo social' en este destino. Al ser un aprendizaje, los individuos, sin importar su género ni sus gónadas, tienen derecho a la subjetividad sobre sus propios cuerpos, donde la anatomía (y sus pulsiones) no constituyen un destino inevitable.

Este aporte fundamental de Beauvoir ha sido recogido por Judith Butler y llevado a la discusión sobre el 'derecho de ser el Otro'. Butler, autora de la Teoría Queer (2007) y de trabajos seminales sobre el concepto de otredad (2008), plantea que el género, así como el sexo, no son naturales, sino que construidos iterativamente en el espacio y el tiempo. Así, Butler abre una nueva idea fundamental para entender lo erótico en la ciudad: la materialidad del cuerpo (lo concebido, lo percibido y lo representado) no dependen de la

naturaleza, sino del imaginario social construido en base a prácticas repetidas que construyen iterativamente una realidad. Al mismo tiempo, toda producción de identidad solo hace referencia a esas construcciones: no existe una sola manera de 'ser', existen tantas maneras como conjugaciones posibles entre lo concebido, lo percibido y lo representado.

Este postulado ha sido fundamental para plantear la idea del género como un acto performativo, una 'actuación' y no un atributo. Esta 'actuación' produce espacios y cuerpos definidos dentro de los marcos heteronormativos —es decir dentro de las tradicionales formas de actuar con el cuerpo en el que nacimos, actuar como hombre o como mujer. No obstante, es esta noción del género como un acto performativo, inestable y en constante construcción, es una oportunidad de decisión y de poder sobre el cuerpo. Es una oportunidad política de subversión, al igual que el erotismo.

En este sentido, tanto el erotismo como la performatividad del género empoderan a los cuerpos en el espacio social, que nos permiten ver la ciudad ya no como 'piedra', sino como un escenario líquido, donde la continua negociación subvierte y transforma las formas hegemónicas del cuerpo. La ciudad como espacio performativo, y ya no como estructura disciplinante, acoge la promesa de inclusión de todos, en una nueva dimensión que reconoce al Otro<sup>4</sup>, y sus impulsos más íntimos, de manera objetiva. Una promesa de espacio público para todos los posibles modos de ser en el espacio.

### **Placer, miedo y consumación en la sociedad de consumo**

Si bien se ha revisado como el empoderamiento de lo erótico y la performatividad del cuerpo pueden ser vistos como ingredientes sustanciales de la promesa política del espacio público en la ciudad, es importante a la vez revisar como el cuerpo y el deseo son subvertidos por otros mecanismos de reproducción de significado y valor.

Volviendo a Freud (1984), las pulsiones vitales encierran la dicotomía de luchas en direcciones contrarias. Por un lado, el instinto de supervivencia, y por otro, el de aniquilación. Podemos decir que deseamos poseer aquello que hace nacer en nosotros una atracción irrefrenable, un deseo de consumir una unión que nos hace sentir vivos y que despierta nuestros cuerpos; pero por otro lado, sabemos que solo poseemos completamente lo que ya no existe luego de nuestra posesión cabal, un deseo de consumir hasta la saciedad y el hastío.

Esta poderosa dicotomía, referida por Freud como el proceso constitutivo de la naturaleza humana, tiene a la vez una interpretación desde las teorías en torno a la sociedad del consumo, término acuñado por Baudrillard para referirse al actual sistema de valores simbólicos y materiales en constante reedición y mercantilización (2009).

Consumir deriva del Latín “consumere; con-sumere”, y que significa usar algo enteramente, sumirlo, destruirlo (que se relaciona a la expresión “consumido por el fuego”). En contraste, la palabra consumación deriva del Latín “consumare; con-summa”, que significa sumar, agregar, traer algo a su completitud (que se relaciona con la frase que alude al sexo “consumar una relación o un matrimonio”). En algunos casos, ambos significados han sido aunados, como en el caso de la término francés “consommer”, que acarrea significados tanto de culminación como de anulación. La ambivalencia semántica de la palabra llega a ser extrapolada cuando nos referimos al acto de consumo como un acto de destrucción (consumir un producto hasta agotarlo, como un chocolate) y a la vez como un acto de creación (consumir algo hasta alcanzar un clímax, o realizar su objetivo final, como consumir una experiencia) (Clarke et al, 2003). En efecto, los recientes trabajos sobre consumo y la sociedad de consumidores están basado precisamente en esta duplicidad de significado, siguiendo la tesis erótica de la naturaleza de los cuerpos, y la cual nos habla, a una escala urbana, de un agotamiento y a la vez de un adiconamiento de la experiencia cotidiana, y de una dualidad implícita en el rol de los espacios y los cuerpos.

Desde este marco interpretativo, el erotismo puede ser visto como un motor de intercambios físicos y simbólicos, en el cual los cuerpos son producidos, explotados, intercambiados, consumados, consumidos y desechados por un sistema referencial de valor asociado a una cultura global del consumo. La objetivación del cuerpo y su transformación en signo ha convertido al mismo —esencialmente al cuerpo femenino— en un simulacro de si mismo. La publicidad, motor ideológico de la sociedad de consumo, ha trasladado la vivencia del cuerpo a su mero espectáculo, al asimilar el impulso erótico con el proceso de consumir y consumir mercancías.

La constante reproducción de imágenes publicitarias en la ciudad, con mujeres erotizadas promocionando productos, ha espectacularizado esta confusión entre cuerpo erótico (activo) y cuerpo pornográfico (pasivo), donde el segundo es solo un simulacro del primero. La ciudad del consumo se vuelve un tropos distócico, al superponer la representación del cuerpo por sobre la existencia misma del cuerpo.

Así, el cuerpo entendido como simulacro es solo una ilusión en un mundo donde el signo se ha convertido en algo más valioso que su significante, en un proceso de constante espectacularización de dicha inversión de valor. En palabras de Debord (1995), podemos entender que la espectacularización de dicho simulacro se constituye en el momento en que, como sociedad, acordamos que la copia cobre más valor que el original, la representación valga más que la realidad, o la apariencia sea más valorada que la esencia misma. Todo lo que antes podía ser directamente vivido como experiencia, hoy es disminuido a su representación, su simulación (Debord, 1995), cosificada y por tanto vendible.

Esta inversión simbólica es fundamental para entender otros fenómenos que rodean las relaciones eróticas en la sociedad actual de consumo. Las nuevas tecnologías de la comunicación como Internet y los teléfonos inteligentes, han permitido subvertir la necesidad del espacio físico para el encuentro, pero han incentivado la espectacularización y simulacro que rodean el rol del Eros en la sociedad de consumo. Tinder y Grindr, dos aplicaciones para celular que permiten elegir potenciales ligues a través de un catálogo de perfiles de usuarios, han irrumpido en las generaciones más jóvenes con intensidad, donde lo táctil y corpóreo ha sido reemplazado por la mera representación del cuerpo —en un fetiche de sí mismo.

¿Cómo se representa el cuerpo erótico en la ausencia de un espacio para su despliegue?  
¿Cómo estas aplicaciones influyen en las re-configuraciones del espacio público como el lugar para el encuentro erótico? Estas son solo preguntas que se abren de este análisis.

### **Planificación urbana y erotismo en la ciudad**

Varios autores han ahondado en el placer erótico de consumir la experiencia urbana. De Certeau ahonda en los placeres del deambular en la calle, y ya Benjamin elevaba la figura del flâneur a una categoría de experiencia sensorial en la ciudad, línea que fue seguida por los trabajos de Simmel y Krakauer sobre la vida en la metrópolis (Frisby, 1992).

La relación entre los cuerpos y los edificios, los deseos y los tejidos urbanos ha sido mayormente abordada desde la experiencia visual (Binnie, 2001, Vidler, 1991). No obstante, la experiencia erótica táctil de la ciudad ha sido más bien abordada desde las posibilidades de violencia sexual, en donde la proximidad de lo íntimo es asociada con el contagio, el asalto y la violación de los límites.

Las posibilidades eróticas del espacio público conllevan riesgos físicos reales, materializados en espacios urbanos de peligro sexual —lugares abandonados, parques oscuros, callejones sin salida. Espacios de la ciudad que quedan fuera de la vista de otros (Jacobs, 1961) y por tanto proclives para desbaratar las fantasías incontrolables del cuerpo. ¿Cómo disminuir estos riesgos?

Las zonas rojas o barrios sexuales han coexistido con el resto de las funciones urbanas desde tiempos inmemoriales. Al respecto Pat Califá, en su ensayo “The City of Desire: Its Anatomy and Destiny” (1991), describe cómo los espacios en la ciudad han sido jerarquizados según su aceptabilidad social para el encuentro sexual. Espacios donde el sexo es vendido y comprado, y donde los grupos sexuales marginados residen: “La ciudad es un mapa de jerarquías del deseo, desde lo valorizado hasta lo estigmatizado. Está dividida en zonas dictaminadas por las maneras en las que los ciudadanos valoran o denigran sus necesidades [eróticas]” (1991, 205).

La zonificación del sexo en la ciudad es también una medida civilizadora para controlar el conflicto entre impulsos eróticos. Las zonas dedicadas al intercambio sexual urbano, como el Barrio Rojo de Ámsterdam o los “Cafés con Piernas” de Santiago de Chile, no logran tener una existencia independiente del resto de la ciudad. Según Califfa, estas zonas urbanas eróticas son usualmente superpuestas a otras áreas urbanas: barrios deteriorados o en obsolescencia; barrios donde los pobres y migrantes residen; o zonas de la ciudad planificada que pretendieron ser mono funcionales en su diseño, como zonas manufactureras o grandes parques urbanos.

El sexo en la ciudad yace en el espacio marginal: aquellos lugares físicos, psíquicos o virtuales que permiten la subversión de las normas disciplinarias impuestas sobre el cuerpo, pero que por sobre todo, fracasan en su cometido de reprimir los impulsos eróticos que todos poseemos en nuestra más íntima naturaleza.

Hemos visto que, como impulso proveniente de nuestra más profunda naturaleza, el impulso sexual subyace conflictivamente, a pesar de su represión por parte de la sociedad a través de leyes y penas. Su latencia nos lleva a plantearnos en los límites que nos permiten vivir en comunidad, sin el atropello del Otro, pero a la vez asegurando su libre performatividad en la ciudad. ¿Cómo controlar ese delgado límite entre lo erótico y lo pornográfico, descrito por Lorde? No es sino a través de la naturalización de lo erótico, en desmedro de la simulación y espectacularización de lo meramente sexual, que podemos plantear un camino armonioso entre nuestra naturaleza íntima y la convivencia pública.

El coqueteo erótico es, antes que una soltura del cuerpo frente a sus propios deseos, una acción empoderada, que reaviva el conflicto subyacente a todo intercambio en el espacio público. Ese momento mágico que ocurre cuando dos desconocidos caminan por la calzada, y sus ojos traviesamente se buscan para conectarse en un instante tan inmanente como efímero, ese encuentro no solo satisface el placer espontáneo del vivir juntos, pero a la vez reafirma nuestra libertad sobre nuestro cuerpo y nuestras decisiones.

## Notas

<sup>1</sup> Foucault (1984) señala como instituciones como la manera de perpetuar las relaciones de poder, mediante el control de la organización del espacio (arquitectura, urbanismo), del tiempo (horarios, jornadas) y la actividad de las personas y el comportamiento (usos, posturas, movimientos).

<sup>2</sup> Del latín *feriarum*: el día de la feria. Jornada excepcional otorgada bajo el permiso señorial para el despliegue del intercambio comercial en el espacio público. El permiso era dado un

día a la semana, un día al mes, o un número de días al año. Las caravanas de mercaderes llegaban, junto a juglares, artistas y trabajadoras sexuales, y se instalaban en el pueblo en el lugar permitido por el Estado o el monarca. De aquí que la feria medieval se asociare con el carnaval, el juego y el libertinaje en el espacio público: la excepción a la normalidad, entendida como norma moral, legal e incluso corporal.

<sup>3</sup> Término creado para abarcar un grupo de prácticas y fantasías eróticas. Acrónimo de Bondage; Dominación; Sadismo y Masoquismo.

<sup>4</sup> Butler desafía la concepción empática del derecho, y se basa en Hegel para establecer el reconocimiento del Otro en su valor objetivo y no subjetivo, en su poder de ser, y no en un acto relacional hacia el Yo (eres porque eres, no porque yo reconozco tu existencia en función a la mía). Esta postura ha sido ampliamente abordada en su texto *Marcos de Guerra* (2009), en la que discute la doble moralidad normativa vigente que otorga más valor a la vida de unos por sobre la vida de otros al subjetivar las víctimas desigualmente. Butler ha estudiado las respuestas sociales a las muertes de soldados estadounidenses en Irak y Afganistán, versus las respuestas a las muertes (presentadas en números abstractos) de iraquíes y afganos producto de ataques estadounidenses.

**Referencias bibliográficas**

- Barthes, R. (1975). *The Pleasure of the Text*. (R. Miller, Trans.) (Edición: American.). New York: Farrar Straus & Giroux.
- Barthes, R. (1995). *Semiology and Urbanism*. In R. Barthes, H. Richard (Trans.), *The Semiotic Challenge*. Berkeley: University of California Press.
- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo: sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo XXI.
- Beauvoir, S. de. (1999). *El segundo sexo/ The Second Sex* (2 Tra edition). Buenos Aires: Random House Mondadori.
- Binnie, J. (1995). *Trading places: consumption, sexuality and the production of queer space*. *Mapping Desire: Geographies of Sexualities*, 182–199.
- Binnie, J. (2001). *The erotic possibilities of the city*. *Pleasure Zones: Bodies, Cities, Spaces*, 103–128.
- Bourdieu, P. (1984). *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad* (Tra edition). Madrid: Paidós Ibérica Ediciones S a.
- Butler, J. (2008). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires etc.: PAIDOS.
- Butler, J. P. (2009). *Marcos de guerra: las vidas lloradas* (1a ed., 1a imp. edition). Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- Caldeira, T. (2000). *City of walls: Crime, segregation and citizenship in Sao Paulo*. Berkeley: University of California Press.
- Califia, P. (1991). *The City of Desire: Its Anatomy and destiny*. *Invert*, 43. 44.(2), 14.
- Clarke, D. B., Doel, M. A., & Housiaux, K. M. L. (2003). *The Consumption Reader*. Psychology Press.
- De Certeau, M. (1984). *The practice of everyday life*. Berkeley: University of California Press.
- Debord, G. (1995). *La Sociedad del espectáculo*. Buenos Aires: La marca.
- Foucault, M. (1984). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión* (10a ed. en castellano (4a de España)). Madrid Siglo Veintiuno.
- Foucault, M. (1990). *The History of Sexuality, Vol. 1: An Introduction* (Reissue edition). New York: Vintage.
- Freud, S. (1984). *Psicología de las masas; Más allá del principio del placer; El porvenir de la ilusión*. (Edición: 10a ed.). Madrid: Alianza Editorial, S.A.
- Frisby, D. (1992). *Fragments de la modernidad:: teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Madrid: Visor.
- Jacobs, J. (1961). *The death and life of great American cities*. New York Random.
- Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- Lorde, A. (1984). *The Uses of the Erotic: The Erotic as Power*. Tucson, AZ: Kore Press.
- Marcuse, H. (1974). *Eros and Civilization: A Philosophical Inquiry into Freud* (New Ed

edition). Boston: Beacon Press.

Salcedo, R. (2002). El espacio público en el debate actual: Una reflexión crítica sobre el urbanismo post-moderno. EURE (Santiago), 28(84), 5–19

Sennett, R. (1977). *The Fall of the Public Man*. New York: WW Northon & Company.

Sennett, R. (1997). *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza Editorial.

Vidler, A. (1991). Agoraphobia: Spatial Estrangement in Georg Simmel and Siegfried Kracauer. *New German Critique*, (54), 31–45.